

Undécimo domingo del Tiempo Ordinario B2024

En el Evangelio de hoy, nuestro Señor habla del Reino de Dios en un conjunto de dos parábolas. Una parábola es una historia breve y ficticia utilizada con fines pedagógicos. En otras palabras, una parábola es una forma de hablar que utiliza imágenes y símbolos para comunicar una verdad. Cada parábola tiene su contexto a través del cual nuestro Señor la habló a la multitud o a sus discípulos.

El contexto global de estas parábolas es este: Uno de los problemas que enfrentaron los discípulos en su tiempo fue que, a pesar de todo trabajo realizado, la enseñanza de nuestro Señor no fue aceptada por todos. Humanamente hablando, fue como si nuestro Señor y sus discípulos fracasaran en su misión porque el resultado no se produjo en absoluto. Al final, eso sólo podría llevarlos al desánimo y la desesperación.

En estas dos parábolas, nuestro Señor intenta responder a la preocupación de los discípulos mostrando un contraste entre las actitudes humanas y la eficiencia de Dios, que es eficaz incluso cuando parece un fracaso. Es en este contraste que encontramos la verdad que nuestro Señor quiere comunicar y el significado de estas dos parábolas.

Cuando nuestro Señor dice que el reino de Dios se parece a un hombre que siembra la semilla y la cual brota y crece, dando frutos y granos hasta la cosecha, sin que el hombre sepa cómo, quiere que nos demos cuenta de que nada puede detener el crecimiento del reino de Dios. El crecimiento del reino de Dios es inevitable; no depende de actitudes humanas.

Debido a que Dios está detrás de todo lo que existe, el crecimiento de su reino está en marcha independientemente de lo que la gente pueda hacer. No depende de esfuerzos humanos, por importantes que sean, sino sólo de Dios. Por eso el crecimiento del reino puede ser como el de una planta, imperceptible de día en día, pero con el paso de los años crece y se vuelve muy productivo.

Sin embargo, esto no significa que debido a que el crecimiento depende sólo de Dios, no tengamos nada que hacer al respecto. Si permanecemos en tal actitud, destruiremos el sentido de nuestra misión como discípulos de nuestro Señor y la obra de evangelización. Por supuesto, nadie puede hacer crecer la semilla, pero no debemos olvidar que, como un agricultor que labra la tierra para obtener una buena cosecha, podemos crear las condiciones en las que la semilla pueda crecer bien.

Todo eso nos lleva a las actitudes humanas que debemos tener con respecto al crecimiento del reino de Dios. La primera actitud es la paciencia. Ésta es una actitud muy importante. Debido a que vivimos en una cultura de cosas rápidas, la tentación de buscar un resultado inmediato en la obra de Dios es fuerte. Y, sin embargo, Dios obra según su tiempo y su calendario, a veces muy lentamente. Lo que digo aquí es cierto tanto para la obra de Dios como para nuestras empresas humanas. Realmente necesitamos ser pacientes, tomarnos tiempo para trabajar y dar tiempo a las personas para que ajusten sus vidas a los valores del reino de Dios.

También necesitamos una actitud de esperanza y no de desesperación. Esperanza significa que anticipamos la coronación de Dios de lo que hacemos porque él está detrás de cada trabajo que hacemos. Sin embargo, eso no significa que tengamos que ser ingenuos o idealistas al pensar que todo estará bien, porque Dios tiene el control. Tenemos que ser realistas y hacer nuestra parte. Lo que significa es que tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos en todo lo que hagamos con la firme convicción de que Dios nos recompensará a nosotros y a todo lo que hagamos en su nombre. Por eso, la confianza en Dios también es importante.

Debido a todas las actitudes subrayadas anteriormente, debemos saber que el crecimiento del reino de Dios es gradual y no espontáneo. Esto es lo que la parábola del grano de mostaza quiere decir: que el humilde comienzo se convertirá un día en una gran obra.

Hay una gran verdad en esta consideración cuando miramos nuestras propias vidas. Éramos pequeños bebés y hoy nos hemos convertido en estos grandes y respetuosos adultos: padres, madres, abuelos, bisabuelos, etc. ¡Qué lindo es todo eso! Imaginemos, por ejemplo, que todas las grandes ideas e inventos que han transformado nuestras vidas hayan partido de un individuo y de él al mundo entero.

Otro ejemplo lo podemos tomar de la música. Tiene sólo ocho notas, pero de estas notas podemos tener canción, himno, sinfonía, ópera, concierto, sonata, etc. Lo mismo ocurre con la literatura. Tenemos sólo veintiséis letras del alfabeto, pero de ellas tenemos una variedad de literatura: novela, teatro, cine, historia, etc.

El punto que quiero resaltar aquí es que los pequeños actos de la vida diaria marcan la diferencia cuando se trata de la obra de Dios. Nunca deberíamos cansarnos de repetirlos ni desanimarnos a empezar de nuevo. Necesitamos paciencia cuando empezamos algo. Necesitamos coraje para seguir adelante cuando enfrentamos dificultades. Necesitamos tener la esperanza de que desde el pequeño comienzo algún día surja una gran empresa. Necesitamos confiar en Dios, cualesquiera que sean las condiciones de nuestro trabajo. Esto es cierto tanto para la obra de Dios como para nuestra obra humana. Oremos, entonces, para que el Señor nos dé las actitudes necesarias para trabajar por Él y por nuestros semejantes.

Ezequiel 17: 22-24; 2 Corintios 5: 6-10; Mark 4: 26-34



Fecha de la Homilía: el 16 de Juno 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240616homilia.pdf